

El debate sobre los GAL

Anguita pidió en la réplica una comisión parlamentaria de investigación sobre los GAL y González dijo que la aceptará pero después de la investigación judicial

Aznar instó al jefe del Gobierno a tener «gallardía para decir la verdad y plantear una salida al país» con la convocatoria inmediata de elecciones

González: «Campana de calumnias»

En la réplica, que González hizo global para todos los portavoces, negó que la cooperación de Francia en la lucha contra ETA comenzase en 1986 con el Gobierno del conservador Jacques Chirac y la situó en diciembre de 1983, con la llegada del socialista Mitterrand a la Presidencia de la República. Afirmó también, en respuesta a Aznar, que «la Presidencia del Gobierno no es ni será un baluarte» y aseguró que, si así lo solicita el Supremo, pedirá que se vote favorablemente su suplicatorio.

Aseguró que «estoy dispuesto a asumir mi responsabilidad por los errores cometidos, pero no a dejarme arrastrar por una campaña de calumnias que se basa en el odio y la desinformación. Hay que hacerlo por resistencia democrática frente a los calumniadores».

Concluyó que «cuando se restablezca la verdad, la opinión pública también caerá en la cuenta del montaje que estamos viviendo en estos meses en la vida política española».

Aznar: «Decir la verdad»

El jefe de la oposición pidió a González que no intentara sustituir el debate parlamentario por «la sofama» y señaló que «le pedimos una explicación verosímil sobre los hechos y que explique qué ocurrió, cómo ocurrió y cómo es posible que usted no se enterara de nada durante los años de su presidencia».

Agregó que «el sentido de la responsabilidad tendría que aconsejarle tener la gallardía de decir la verdad y de plantear al país una salida. Así no se condenará al país a esta agonía». Aznar concluyó pidiéndole que haga honor a su

responsabilidad de convocar elecciones y las convoque ya.

Anguita: Comisión de investigación

El coordinador de IU aclaró al portavoz de CiU que fue Damborenea el que pidió ingresar en la coalición y dijo que «en entrevista con persona interpuesta, que yo nunca hablé con ese señor, se le dijo que no». Anguita pidió a González que dijera si acepta una comisión parlamentaria de investigación sobre los GAL y afirmó que «su silencio es culpabilidad».

Molins: Damborenea e IU

El portavoz de CiU aclaró a Anguita que su referencia a las relaciones entre Damborenea e IU procedía de unas declaraciones del propio Anguita recogidas por el diario «Avui».

Mauricio: Responsabilidad política

El portavoz de Coalición Canaria insistió en que lo que se debate son las responsabilidades políticas y no las penas.

Rahola: «Respuestas, no lecciones»

Pilar Rahola, de Esquerra Republicana, dijo a González que «lo que tiene que hacer es dar respuestas y no lecciones morales».

González: Primero la justicia

Se mostró dispuesto a aceptar una comisión de investigación sobre los GAL, pero una vez que haya terminado la investigación judicial.

Y en septiembre nos veremos

Madrid Llegaron sus Señorías con el bronceado a medias y, después de presenciar un intenso debate matinal y hacer una vespertina faena de alivio para convalidar medidas contra la sequía, se fueron de nuevo a toda prisa a terminar de coger el color del verano.

Los miembros del Gobierno, que entraron con la garganta seca, salieron aliviados gracias al botijo que les mandó Pujol con Molins, pero tentándose la ropa por si de nuevo se le cae a González de las manos y se quedan sin la poca agua que les alivia en este desierto de creyentes.

Para colmo, los diputados de a pie les castigaron inmisericordemente, sin respeto a la conmitancia, con el relato de los placeres vacacionales con los que ya se han empezado a solazar.

Los de la oposición, sin el

peso de la responsabilidad ni el tormento de los escándalos de «suma y sigue», entraron y salieron relajados, contentos de haber forzado al Gobierno a celebrar una sesión extraordinaria. Algunos, como de costumbre, se desahogaron y le gritaron «¡a la cárcel!» a González, pero el ambiente fue mucho menos tenso y crispado que el de otros debates recientes sobre escándalos tan sonados como el de las escuchas ilegales del CESID.

También fue distinto que Alfonso Guerra no se mostrara remiso en el aplauso a su secretario general y que Narciso Serra encontrara más eco entre los periodistas ahora que cuando fue vicepresidente.

Como es costumbre, los focos se los repartieron los espaldas: Felipe González y José María Aznar. El primero consciente de que da los últi-

mos pases de una carrera que no quiere dejar por la puerta de atrás y el segundo sabedor de que le faltan dos tardes para salir por la puerta grande o, por ajustarse más a las particularidades del caso, para entrar.

El ambiente era el de las grandes ocasiones, pero menos. Hubo mucho foco y mucho curioso pero también algunos claros en el hemisclero y, sobre todo, menos crispación. Ayer todo estaba trufado por una fecha que llama más a la holganza y la meditación que al combate y a la discusión.

Al final, todos contentos de haber salvado el compromiso. En cuanto se levantó la sesión, el pasillo de la Cámara fue lo más parecido al andén de una estación de ferrocarril: todo eran despedidas y buenos deseos. En septiembre, más.

El Parlamento**GAL: NEGAR Y NEGAR**

La primera conclusión que hay que extraer del debate es el sonrojo que produce en cualquier democrata ver a todo un presidente del Gobierno negar las acusaciones que le implican en crímenes de Estado. Como bien dijo Aznar, el simple hecho de estar celebrando un debate de esta naturaleza pone de manifiesto la necesidad de que el presidente hubiera dimitido ya. La segunda conclusión es que el jefe de la oposición antepuso su condición de hombre de Estado a la de partido y, por tanto, se negó a que la lucha antiterrorista sirviera de confrontación partidista.

No es que González estuviera o no convincente. Es que la crisis de Estado que ha provocado su equivocada decisión de permanecer en el poder a toda costa, no tiene otra salida que la dimisión y la convocatoria de elecciones.

Tengo dicho que el espinoso asunto del GAL es, cuanto menos, delicado. El crimen, el asesinato, venga de donde venga, es repugnante. Pero dicho esto, hay que admitir que para muchos españoles, para la inmensa mayoría de los electores, repugna más el asesinato del niño Fabio que el posible asesinato de su asesino. Además, habrá que convenir en que la ley del talón, es decir, hacer sufrir al delincuente un daño igual al que causó, no es un invento de última hora ni es una norma que haya estado ausente en los Estados más democráticos.

Vimos ayer a un Felipe González más hábil dialécticamente que en ocasiones anteriores. Intentó, partiendo de verdades, llegar a conclusiones falsas. Es cierto que, según el Tribunal Supremo, el «informe Crillon» no es delito, pero no es este el problema. Quién encargó el informe, quién lo pagó, para qué se elaboró y qué amenaza para la seguridad nacional suponía Mario Conde. Estas, y no otras cuestiones como la legalidad o ilegalidad del informe, son las que hay que responder.

Olvidando el viejo dicho de que «la causa de la causa es causa del mal causado», pretende ahora González exhibir la situación procesal de Roldán como un triunfo de la política de su Gobierno, cuando ha sido precisamente el propio González, con el nombramiento y mantenimiento de Roldán, quien provocó uno de los mayores escándalos de la democracia.

Más convincente estuvo cuando el presidente del Gobierno habló por boca de Joaquín Molins, el portavoz de Pujol en el Congreso de los Diputados. Su discurso fue todo un panegírico de la persona del presidente. Algo que jamás haría un socialista de verdad con Jordi Pujol.

Del resto de los intervinientes, con la excepción de Julio Anguita, poco o nada que destacar. No hubo excesivo interés por la erradicación de los asesinos mafiosos de ETA. Se trataba de aprovechar el debate para denunciar, por ejemplo, al cuartel de Inchaurredo o para pedir que se congele el ascenso del coronel Galindo.

Y es que el debate de ayer no tuvo otra motivación que la pérdida total de la credibilidad del presidente. Sólo le creyeron el portavoz de Pujol y Rosa Conde.

José Antonio SÁNCHEZ